

**¡NARRO DE MÍ,
PARA NARRAR DE ELLA!**



Entré en la Congregación en Roma, a la edad de 11 años, el 4 de noviembre del Año santo 1933. Después de haber hecho con mis familiares la última visita al cementerio para saludar a mamá con corazón hecho pedazos que, no sé por cuales misteriosas complicancias, ha dado la vida por mí. No sabía quiénes eran las hermanas y nunca vi a ninguna fuera de mi hermana, sor M. Irene, que algunas veces, de Alba hacía una escapadita a casa para saludar a papá, que quedó solo. En el mes de noviembre del Año santo, 1933, mi hermana que de Alba, había ya hecho la primera profesión había sido destinada a la nascente comunidad de Roma, Maestra Tecla dijo: «Antes de ir a Roma pasa a saludar a tu papá y trae a tu hermanita a Roma».

Fue así que llegué al mundo 'de hadas' de la ciudad (¡y qué ciudad!!!) entre personas desconocidas y, para mí extrañas ya que nunca había visto religiosas, ni sabía que existieran. Los primeros seis meses han sido un llanto continuo. Me sentía sola y perdida como un pajarito. Mi hermana iba todos los días a propaganda ya que, además del ideal apostólico, urgía afrontar la deuda de una gran casa a construir casi exclusivamente con la confianza en la divina Providencia. Entonces la Fe funcionaba exactamente así.

A la edad de 16 años, con la formación recibida, decidí hacer la Toma de hábito de

las Hijas de San Pablo. Con muchos trabajos no quedaban muchas horas libres para dedicarlas al reposo y al la diversión, fuera de aquellas horitas de recreación después de la cena en las tardes estivas, cuando la Primera Maestra Tecla, con gran alegría de todas, nos ayudaba a relajarnos al final de un día de trabajo apostólico (encuadernación rústica, encuadernación de lujo, imprenta, etc.) pelando o lavando verduras de nuestro huerto. Entre nosotras, era proverbial la frase: ¡Coraje! ¡Reposaremos en el Paraíso! Certeza que se vivía en un clima de serena, sincera fraternidad y de perfecto e intenso acuerdo con los principios de formación humano-cristiana que nos inculcaban las maestras de formación. La primera de ellas era, ¡obviamente, Maestra Tecla, madre, maestra y cofundadora del Instituto! ¡Mujer ideal! De la mujer ideal Tecla Merlo poseía las virtudes: la fe y las características humanas. Mujer sensible que a en cada ocasión se hacía don, es decir "madre".

Así ha sido realmente también para mí. Estoy segura que siempre me ha seguido. Puedo testimoniar sobre las delicadezas maternas que aún hoy me conmueven. La Primera Maestra Tecla, además de preocuparse de la salud física de las hermanas, se preocupaba obviamente mucho y también mucho más de la formación moral, espiritual, intelectual: es decir, del crecimiento de toda la persona.

Para mí, la Prima Maestra Tecla ha sido un 'magisterio' viviente, en todo:

EN LA ORACIÓN



En el encuentro con su Señor dejaba de lado realmente todo; entraba en el mundo misterioso de lo sobrenatural tanto de darle preocupación si se la debía llamar por alguna urgencia en los momentos de su coloquio con Dios. Recuerdo una vez de haberle tenido que tirar el velo más de una vez para hacerla volver a la realidad.

EN LA CARIDAD HACIA EL PRÓJIMO

Era grande de corazón hacia los necesitados. Las familias de la colina Volpi, de Roma han encontrado en ella una mente abierta y un corazón generoso que las ha socorrido en momentos de dificultad. No permitía que alguno saliera sin ser ayudado.

EN EL COMPORTAMIENTO EXTERIOR

Siempre controlado, digno, distinguido. Impresionaba su mirada intuitiva, dulce pero profunda y llena de humanidad. Me agradaba encontrarla cuando salía del Santuario después de la hora de adoración de la tarde... Para mí era un encuentro... energético, porque al mismo tiempo me transmitía un

sentido de serenidad y de paz con su mirada profunda te infundía una carga interior que era un impulso a vivir la vida con esfuerzo y serenidad.

EN LA AUDACIA APOSTÓLICA.

La más grande prueba de valentía y de fe que tuvo que vivir Tecla Merlo fue ciertamente cuando el incansable Fundador incluyó el cine entre los medios más rápidos y eficaces para la difusión de la Palabra de Dios y esto, obviamente, ha comportado una nueva 'forma mentis' hecha posible en fuerza de aquel 'Sí' inicial, pero total pronunciado en la fe pura.

Me agrada terminar con un testimonio del Fundador que hemos escuchado muchas veces, pero que sintetiza toda su vida: «La Primera Maestra se ha entregado totalmente a Dios, con dedición absoluta. No hay una sola fibra de su organismo que no sea ordenada según razón del espíritu». Y aún: «Tendrán otras Primeras Maestras, pero solamente ella ha sido sobre todo Madre del Instituto».

Ida Conti, fsp